

los poetas, y San Agustín en el libro segundo de la *Ciudad de Dios*. El tercero linaje de dioses que los gentiles tuvieron fue de los que pertenecían a las cosas naturales, porque a cada cosa natural ponían y atribuían un dios, dándoles oficios diversos, y así eran tantos los dioses cuantas eran las cosas humanas de que usaban.

Este error tan conocido y usado de los antiguos idólatras ha sido y fue también muy seguido de estos de esta Nueva España, teniendo unos dioses a los cuales los imaginaban meramente espirituales y ajenos de toda materia corpórea, como fue Tezcatlipuca, que llamaron ánima de el mundo, y otros semejantes; y éstos eran como los selectos y escogidos que los gentiles tuvieron por primeros y supremos. Otros hubo de inferior grado y estimación más baja; y otros menores, a los cuales todos daban divinidad, aunque hubiesen sido puros hombres, por razones y causas particulares, con que a ello se movían, ora fuesen hazañas y casos señalados o cosas inventadas nuevamente en provecho y utilidad de las repúblicas, así de leyes como de oficios y sacrificios, o otras algunas cosas a éstas semejantes y dignas de ser notadas y estimadas y a su inventor tenido en estimación por ellas.

CAPÍTULO XVI. *De la multitud de dioses que tuvo la gentilidad, así los antiguos idólatras como éstos nuevamente descubiertos en estas Indias Occidentales de la Nueva España y Pirú*



UNQUE ES VERDAD (como en otro capítulo hemos dicho) que estos indios infieles tenían conocimiento de un dios al cual llamaban criador, hacedor y conservador de todas las cosas; el cual nombre no es posible convenir a otro que al que lo es verdadero como por los nombres que declaramos se ha visto; añadiendo en este capítulo decir que los de el Pirú le llamaban Viracocha, que quiere decir criador, hacedor y señor y dios de todo, pero el capital enemigo de los hombres, y usurpador de la reverencia que a la verdadera deidad y majestad es debida, corrompió esta verdad en sus corazones, con el discurso de los tiempos, habiendo faltado gracia y doctrina. Y añadiendo los mismos hombres pecados a pecados, que son unos en pena y castigo de otros (como dijimos)¹ y una de las causas porque Dios se aparta de los miserables hombres. De aquí nació el engaño de admitir muchos dioses y la multitud inmensa que de ellos se ha hallado en todo el mundo, así en los siglos pasados como en los presentes. Y porque vengamos al intento digo, que en estas Indias Occidentales, corriendo por esta Nueva España las muchas tierras que hay hasta la Florida y Cibola, y volviendo por la parte de el mediodía y oriente, hasta las exten-

¹ Cap. 10.

didísimas tierras y regiones del Pirú, incluyendo en este número de leguas las infinitas naciones que en ellas viven y han vivido, en su gentilidad, eran tantos los dioses y tantos los ídolos que los representaban que no tenían número, ni fuera posible contarlos aunque para ello se pusiera suma diligencia y cuidado. Unos eran de oro, otros de plata, otros de cobre, otros de barro, otros de palo, otros de masa y otros de diversas semillas, conforme al antojo y costumbre de cada uno.

La forma de estos dioses o ídolos era diferente, porque unos eran grandes, otros pequeños, unos chicos y otros más chicos. Unos formaban como figuras de obispos con sus mitras; otros con un mortero en la cabeza, y allí les echaban vino en sus fiestas, por lo cual se cree ser aquél el dios del vino; otros tenían figuras de hombres; otros, de mujeres; otros, de bestias, como leones, tigres, perros, venados. De esta manera también los figuraban los antiguos, según lo dice Tertuliano,² y San Agustín³ y Prudencio⁴ dicen lo mismo. Otros, como culebras y éstos de varias maneras; unas, retorcidas, otras, enroscadas y en otras formas y con rostro de mujer, como suelen pintar la que engañó a Eva. Otros, de águilas y búhos y otras aves. A otros daban figura del sol; a otros, de la luna. Otros formaban como sapos y ranas y peces, que decían ser los dioses del pescado. En comprobación de esto se dice, que pasando ciertas personas por un pueblo, que estaba situado junto de una laguna, pidieron a los moradores de él algún pescado; los cuales dijeron no tenerle, ni poderle haber, por haberle llevado sus dioses de aquel lugar, los cuales les eran favorables para pescarlo. Tenían dios mayor, cuyo oficio decían ser guarda del cielo y de la tierra. Otros, que fuesen guardadores de los hombres y estuviesen ante aquel gran dios como abogados de ellos. Tenían dios de la tierra, dios de la mar, del viento, de las sementeras; y para cada especie de ellas, de las arboledas y frutales, de las plantas, de las mariposas, y a ellas y a la langosta adoraban, porque no les comiesen las mieses y sementeras. Adoraban las chinches, pulgas y piojos, porque no les picasen. A las culebras, víboras y otras sabandijas, porque no les mordiesen. A los leones, tigres y otros animales, porque no los matasen. Mas es de notar, por la regla general, que en toda la tierra firme de estas Indias (desde más atrás de la Nueva España, que es la Florida hasta el Pirú, como se ha dicho) puesto que estas gentes tenían infinidad de dioses e ídolos que reverenciaban, sobre todos ellos, tenían por mayor y más poderoso al sol, y a éste dedicaban el mayor y más poderoso y sumptuoso templo.

Es también de saber que en todos los lugares que dedicaban para oratorios, tenían de éstos sus ídolos grandes y pequeños, y los dichos lugares eran sin número en los templos principales y no principales de los pueblos y barrios; y en sus patios y lugares altos y eminentes (así como montes y cerros) y en los puertos y cumbres de las sierras por donde se pasaba de una parte a otra, adonde los que subían derramaban sangre de las orejas

² In Apologetic. cap. 16.

³ Div. Aug. I. ib. 2. de Civit. Dei.

⁴ Cap. 13. lib. 1. Adu. Simmach.

y quemaban incienso y echaban de las rosas que cogían en el camino, las cuales ofrecían en aquellos lugares; y en especial los que llevaban grandes y pesadas cargas (como eran los mercaderes, que continuaban más el caminar); y de esta ceremonia antigua les quedó a los indios la superstición de amontonar o colgar piedras de los árboles en lo alto de los puertos, como se ve en las cumbres de las sierras, que se pasan del volcán a Huexotzinco; y por los ranchos, para Tlamanalco, que son los caminos más cursados para Mexico; y en otras muchas partes, como las hemos visto y vemos cada día, aunque ya no se entiende el misterio y pocos lo han alcanzado. Tenían ídolos junto a las aguas, mayormente cerca de las fuentes, a do hacían sus altares con sus gradas cubiertas por encima; y en muchas principales fuentes cuatro altares de éstos, a manera de cruz, unos enfrente de otros; y allí en el agua echaban mucho incienso y papel, como en manera de ofrenda. Cerca de los grandes árboles hacían lo mismo, y en los bosques tenían dios de las guerras para que los defendiese y guardase de sus enemigos, y otro dios de los matrimonios, y, finalmente, eran tantos que se pierde la cuenta en contarlos.

A quien se admirare de lo dicho le ruego oiga los que los antiguos gentiles hicieron: que llegó a tanto su ceguera, que no contentándose con distribuir la deidad en tantos dioses cuantas eran las especies de las cosas, añadieron poner a una misma cosa muchos dioses, como parece de las mieses, porque tenían un dios para el grano, todo el tiempo que estuviese sembrado y escondido en la tierra sin nacer, y este dios era hembra, llamada Scia. Luego que nacía la tomaba a cargo otra diosa, llamada Segecia. Luego que florecía o espigaba, cuidaba de ella la diosa Flora. Cuando estaba en leche la patrocinaba el dios Lactuo. Cuando la caña hacía nudos la conservaba el dios Nodoto. Cuando maduraba, la diosa Matura. Cuando la cogían presidía la diosa Runcina. Cuando se encerraba y entrojava el trigo, le daban a cargo de la diosa Tutilina. Y de esta manera se procedía en todas las demás frutas y plantas, siendo la diosa de las manzanas, Pomona; y de los bueyes, Bubona; y del dinero, la diosa Pecunia. Tuvieron dioses de los montes y sierras, de los collados y valles, como fue la diosa Collina; de los valles, Vallonia.

A solo un hombre daban muchos dioses. Lucina, diosa de los partos, la cual tenía cargo de que la criatura saliese a luz fuera del vientre. Otro dios tenía cargo de dar sentido al niño y llamábase Sentuno. Otro le daba vida, llamábase Vituno. Otro presidía cuando lloraba el niño, llamóse Vagitano. Otra diosa tenía cuidado de él, en la cuna, llamada Cunina. De las tetas o pechos de la madre y del cuidado de la leche había otra, llamada Rumi-na. Otra, que hacía al niño buena la voluntad, llamada Mente. Otro dios, llamado Sus, que le daba buen consejo. Otro, que le inspiraba buenas sentencias. Otro tenía oficio de la crianza del niño. Una, en el mamar, que llamaron Potina. Otra, en el comer, dicha Educa. Otra, que guardaba al niño cuando comenzaba a andar. Otra, que los hiciese prestos y diligentes y no perezosos y dormilones. Y de esta manera corría este desatino en otros semejantes disparatados dioses.

De los casamientos tenían muchos dioses, uno de las bodas, porque les sucediese bien, llamado Iugantino, que ayuntaba en uno los desposados, con otros dioses, entre los cuales se cuentan Venus y Priapo, que por darles tan torpes y sucios oficios en estas bodas y casamientos, no se dicen; los cuales, según Plutarco en sus *Problemas*, son cinco; y en honor de estos cinco dioses ponían cinco cirios o hachas encendidas, no siendo más ni menos, en todas las bodas, como dice el mismo Plutarco. Y a tanta desventura llegó la ceguera de los soberbios romanos, que constituyeron diosa a las hediondas necesarias o letrinas; y la adoraban y consagraban y ofrecían sacrificios. Pero no habrá quien se maraville de éstos, habiéndoles Dios cegado por sus ocultos juicios; y sabiendo que eran dioses elegidos por el juicio corto de los hombres. Y esta diosa parece haberla recibido de los egipcios, porque según San Clemente, en su *Itinerario*,⁵ ellos fueron los primeros (como ya vimos) que a las letrinas adoraron; pero ¿a qué no se entregarán y qué dioses no recibirán hombres que a tal diosa adoraron? A esta diosa llamaron Cloacina, diosa que presidía en sus albañares y los guardaba, que son los lugares donde van a parar todas las suciedades, inmundicias y bascosidades de una república. Y pues tan sucios eran, merecían (como dice Lactancio)⁶ que siempre tuvieran semejante diosa colgada de las narices.

La estatua de esta diosa dice Porcio Ticio⁷ que fue hallada en una muy grande letrina o albañar en Roma, y no sabiéndose cuya imagen sería, determinó Rómulo que se llamase Cloacina, que viene de *cloaca*, en latín; y en castellano quiere decir: albañar hediondo, donde van a parar todas las inmundicias y bascosidades de la ciudad. A esta sucia diosa edificaron templo los romanos, según Tito Livio;⁸ y de todo lo dicho y referido de estos dioses es testigo y lo refiere San Agustín en los libros de la *Ciudad de Dios*.⁹

Tuvieron dios de los campos, llamado Silvano, y por otro nombre llamado Pan. Otro tropel de dioses tenían que presidía en los montes, en las fuentes y aguas. Adoraban a los faunos, los sátiros, a las ninfas y otros; y, en conclusión, fueron tantos que según cuenta de los que bien han tratado de ellos pasaron de treinta mil; y con ser tanto este número, es el de los indios de esta Nueva España mayor; y puédesec decir que al demonio, inventor de estos desatinos, con el discurso del tiempo le fue fácil añadir mal a mal y dioses a dioses, pues no le costaba más que buscar la invención.

⁵ Div. Clem. lib. 5. Itinerari.

⁶ Lact. Divinar. eius. lib. 1. cap. 20.

⁷ Port. Tit. ex Lact. ubi supra.

⁸ Tit. Liv. lib. 3. dec. 1.

⁹ Div. Aug. lib. 4. cap. et 11. et 21. et 23. Civit. Dei.